Conclusiones Generales

Francisco José García de la Vega
General del Aire

El recorrido realizado por África, con enfoques distintos según sus regiones, confirma un escenario continental en donde las operaciones militares tienen elevadas probabilidades de tener lugar en un futuro próximo. Se constata que los conflictos que desembocan en violencia extrema aumentan en el continente. Como consecuencia, el número de zonas de posible intervención militar en África es creciente.

La competencia por los importantes recursos africanos, entre las potencias mundiales, potencias emergentes y otros actores no estatales, es palpable. El protagonismo destacado de las potencias europeas y de Estados Unidos seguirá siendo el preponderante en un futuro previsible y lo que suceda en África les concierne directamente. Los vínculos e intereses compartidos que se han creado entre numerosos países africanos, Estados Unidos y los países europeos, en especial con Francia y Reino Unido, debieran obligar a estos a implicarse más en la seguridad y el desarrollo de África. Deberían hacerlo contando con las potencias estatales y organizaciones regionales africanas. España, con fronteras terrestres en África, frontera exterior de la Unión Europea en el Mediterráneo y próxima al Sahel en las Canarias, está también directamente afectada por el futuro africano. España debe implicarse también, tanto bilateral como multilateralmente, en promover la estabilidad, especialmente en el Magreb y en el Sahel. La cuestión clave, para no caer en un neocolonialismo globalizador, es cómo mantener vinculados la cooperación y el

desarrollo con la estabilidad y la seguridad. Se trata de una aproximación integral a la situación. La tarea es complicada. Es más sencillo asegurar acceso a mercados y recursos que buscar un comercio equitativo con pueblos que tengan capacidad de decidir su futuro en paz y libertad. Exige determinación, recursos y partir de la realidad de África de la actualidad. Una realidad, por cierto, bastante sombría, como hemos constatado a través de este estudio. Es una tarea inmensa, como podemos comprobar al recapitular de forma breve la situación.

Una mirada a los conflictos documentados, acaecidos en África en los últimos años, nos permite extraer algunas conclusiones: un cincuenta por ciento de los conflictos de violencia política (cincuenta), ocurridos en los últimos veinte años, han tenido un carácter étnico. Se constatan al menos once conflictos que pueden considerarse guerras civiles o étnicas en cada una de las cuales se superó un número de víctimas de 10.000 personas. En el mismo período, la ONU ha llevado a cabo en África treinta operaciones de paz, y la Unión Europea, diecinueve. Más de una tercera parte de los conflictos que entrañan uso de violencia en el mundo suceden en África. En cuanto a su distribución en el continente, el ochenta por ciento tuvo lugar en el África subsahariana. En el año 2008, de unos 80.000 cascos azules desplegados en el mundo, cerca de 60.000 estaban en África.

De acuerdo con los datos contrastados de prestigiosos institutos de investigación, las causas de esta conflictividad se centran en luchas por el control del poder nacional, del predominio étnico en niveles subnacionales y del control de los recursos. Más específicamente, los enfrentamientos étnicos por el control de los recursos han sido la causa preponderante de conflictos bélicos durante 2012 en África.

Existe una clara correlación entre la fortaleza o fragilidad de los Estados para ejercer un control eficaz de de su soberanía y el nivel de conflictividad. En África, de los 54 estados reconocidos, seis (Somalia, Sudán, RDC, Chad, Etiopía y Costa de Marfil) pueden considerarse fallidos y otros 31 pueden ser clasificados como muy frágiles o frágiles.

El tipo de conflictos híbridos o irregulares, con desequilibrio de capacidades de las partes, acciones militares convencionales y de guerrilla, atentados terroristas y ayuda humanitaria y socorro a los desplazados, será el predominante. Las fuerzas que intervengan, aunque sea en operaciones de mantenimiento de la paz, tendrán que llevar a cabo su misión en un ambiente hostil y complejo. Al ser la mayoría de los conflictos intraestatales, en Estados fallidos o frágiles, la falta de apoyo y colaboración interna será la pauta más común. En operaciones multinacionales, auspiciadas por organizaciones internacionales o regionales, en que intervengan fuerzas de países africanos, será difícil alcanzar un estándar operativo común.

Las condiciones geoestratégicas para desarrollar operaciones militares presentan como aspectos destacados los siguientes: los apoyos a las operaciones militares de cierta entidad son complicados, salvo que puedan tener puertos logísticos seguros en las costas. Las comunicaciones terrestres del interior continental son escasas e inadecuadas, especialmente en Centroáfrica y en el Sahel. La existencia de bases aéreas permanentes próximas a las zonas de operaciones es un requisito básico para poder asegurar la cadena logística. En la actualidad son escasas y las potencias con intereses tratan de paliar este déficit.

La opinión pública de los países occidentales se opondrá, en general, a intervenciones en países lejanos con los que es difícil interpretar la vinculación a intereses propios.

Al crear fuerzas multinacionales, que necesariamente han de tener componentes africanos, hay que ser muy cuidadosos en relación con las rivalidades étnicas o territoriales que puedan tener efectos negativos en las zonas de despliegue. La carencia de estándares militares occidentales, por parte de los componentes africanos, puede suponer una merma importante a la eficacia operativa y al control táctico del conjunto. Por ello, las misiones de formación y entrenamiento militar de fuerzas autóctonas son fundamentales para mejorar la eficiencia operativa a medio y largo plazo.

Es fundamental un planeamiento flexible de las operaciones que incluya acciones de combate convencionales, contrainsurgencia, orden público y ayuda humanitaria. El orden en la secuencia de estas acciones será cambiante. Dentro del teatro de operaciones, cada zona puede exigir pautas de comportamiento muy distintas, para adaptarse a la naturaleza local del conflicto. Es fundamental ser percibido como una ayuda por la población local.

Estas conclusiones, de aplicación a todo el continente, tienen matizaciones para cada una de las regiones tratadas.

En relación con el Sahel y el terrorismo, podemos decir que la amenaza terrorista no ha sido derrotada. Tiene capacidad para dispersarse por la región y regiones limítrofes y concentrarse de nuevo para golpear con dureza.

Mauritania y Argelia atraviesan situaciones políticas delicadas, debido a ausencias dilatadas de sus líderes por enfermedad. La situación en Mauritania ofrece mayores riesgos, al añadir, a la fragilidad de este Estado, una situación de incertidumbre que puede ser aprovechada para desestabilizar el país. En el caso de Argelia, ante la posible sucesión de su presidente, Buteflika, y lo que pueda afectar su pérdida a la estabilidad del FLN y del sistema, parece razonable anticipar que, en caso de que esto suceda, las lecciones aprendidas por el pueblo argelino, tras su larga y

sangrienta guerra civil, demuestren su madurez y no se desestabilice el país. Si añadimos la situación de emergencia en el norte de Nigeria (frontera con Níger) desde mayo, se puede estimar que las condiciones son propicias para quienes buscan implantar el terror para desestabilizar la región y su prolongación hacia Nigeria y Argelia.

La comunidad internacional ha reaccionado con diversas actuaciones para contrarrestar la amenaza terrorista en esta región de África: en Níger, la misión EUCAP-Sahel; en Malí, EUTM-Malí, de la Unión Europea; la organización subregional Comunidad Económica de Estados del África Occidental (CEDEAO), con AFISMA. Estas herramientas demuestran una voluntad un tanto tímida para afrontar esta amenaza. Si la Unión Europea aspira a ser un actor global, debe acelerar sus procesos de decisión y utilizar sus herramientas de la PCSD, al ritmo y con la entidad que exigen los acontecimientos. La Unión Africana (UA) nació en 2002 como sucesora de la OUA y se dotó, en 2004, del Consejo de Paz y Seguridad. Hasta la fecha, organizaciones subregionales como la CEDEAO han demostrado ser más eficaces que esta a la hora de aunar voluntades y generar respuestas para afrontar amenazas comunes como el terrorismo.

Francia ha demostrado tener la voluntad política necesaria para movilizar medios propios e integrar medios ajenos y múltiples actores para combatirlo. Esta determinación, unida al conocimiento profundo de la región y al hecho de tener en ella un despliegue permanente de fuerzas, confiere a Francia el papel de nación marco o de referencia imprescindible para llevar a cabo cualquier operación multinacional.

En relación con la organización internacional que organice o lidere las operaciones, podríamos considerar que, en función del músculo que haya que mostrar o utilizar, las opciones de menor a mayor serían las siguientes: organizaciones subregionales africanas, ONU, UE, y OTAN. El caso OTAN correspondería a situaciones en que Estados Unidos, sin querer liderar una coalición *ad hoc,* pretendiera tener un control más estrecho de los acontecimientos dada su contribución de medios materiales (caso de Libia) o personales. La Unión Africana tiene, por el momento, un papel menos relevante que las organizaciones subregionales, como la CEDEAO, entre otras razones porque algunos de sus miembros se oponen a cualquier intervención en asuntos de otros países. Este es el caso de Argelia o Nigeria, que, siendo interlocutores imprescindibles para todo lo que ocurra en la región, no son participantes activos en las operaciones en curso. Su postura de no injerencia en asuntos internos, sobre todo en los suyos, justifica esta actitud.

Dada la situación de riesgo e inestabilidad que padece el Sahel, debería existir un compromiso internacional sostenido contra la expansión del terrorismo y sus efectos, para el conjunto de la región.

España, frontera exterior de la Unión Europea con África, objetivo señalado por el terrorismo yihadista y víctima de los tráficos ilegales de

personas hacia la Península y Canarias, debe seguir muy de cerca esta situación e involucrarse activamente en las decisiones que tome la Unión Europea en relación con esta región.

Los estados magrebíes se enfrentan a amenazas análogas, pero los grados de riesgo a que están expuestos no son comparables. Los diferentes grados de fortaleza de sus instituciones, las capacidades de sus fuerzas armadas y de seguridad y la cohesión social del país marcará la diferencia del grado de estos riesgos. Libia y Mauritania presentan las situaciones más frágiles. Libia carecerá de una capacidad militar que la vertebre en los próximos años y su porvenir como Estado consolidado tiene muchas incógnitas por resolver. Mientras esta situación se mantenga, su inmenso territorio desértico es un santuario de terroristas. La fragilidad de Mauritania es crónica y, como ya indicábamos antes, vive un momento de especial debilidad. Los otros tres estados magrebíes, Túnez, Argelia y Marruecos, están menos expuestos al colapso de sus sistemas políticos. En Túnez falta una constitución consensuada, pero cabe esperar que no haya una ruptura social entre democracia e islam. Argelia pagó un precio de 200.000 muertos en su guerra civil, que está todavía muy fresca en la memoria colectiva de sus habitantes. Marruecos se ha mantenido al ritmo de los acontecimientos y los cambios en la Constitución han satisfecho algunas demandas de la sociedad, atemperando los ánimos de la población que percibe ciertos avances.

Debido a la longitud y porosidad de las fronteras internas del Magreb, la eventual intervención militar internacional en focos de conflicto se encontraría con la dificultad de aislarlo en una extensión controlable militarmente. La gestión anticipada de crisis es la única forma de atajar focos de conflicto y aislarlos.

Para España, la penetración yihadista en Ceuta y Melilla y sus efectos colaterales es el mayor motivo de preocupación. La contribución a la estabilidad del Magreb, en cuantos foros e iniciativas existan, por parte de España, es un esfuerzo imprescindible.

A pesar de la lógica preocupación que el Sahel y el Magreb nos generan, los países de África donde los conflictos han alcanzado la violencia más extrema han sido la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, Sudán, Nigeria, Kenia, y Sudáfrica. La región de los Grandes Lagos, donde confluyen las prolongaciones de los ríos Congo y Nilo y su proyección hacia Kenia y Somalia, es la región donde la violencia es más persistente.

Al llegar al final de este estudio, que ha tratado algunas zonas o aspectos en detalle, hay una idea que merece destacarse, sobrepasando situaciones concretas. La existencia de conflictos en África tiene una larga historia y causas antiguas, como las étnicas, o la rivalidad entre quienes cultivan tierras y quienes se dedican al pastoreo. Lo que es preocupante

es el despertar de conflictos por causas nuevas y en caldos de cultivo que los alimentan y los enquistan. La competición por recursos energéticos, minerales preciosos y tierras raras, la variación en el uso de grandes extensiones de terreno vendidos a actores no estatales, su impacto negativo en el equilibrio hídrico de regiones geopolíticas enteras y la competición por acaparar tráficos ilícitos lucrativos son parte de una lista que cada vez se va ampliando más.

La duración prolongada de conflictos, con independencia de sus causas, militariza a los grupos que se enfrentan, los convierte en un negocio lucrativo para quienes trafican con armas y profesionaliza en la violencia a grupos armados que tienen difícil integración en sociedades desestructuradas, en las que el Gobierno carece de un control efectivo. Algunos de estos grupos, cuya actuación no distingue de fronteras, llegan a perder la memoria de la causa que los reunió inicialmente y viven motivados por el saqueo o al servicio de quienes controlan determinadas parcelas del poder en beneficio propio. Entre quienes alcanzan el poder, algunos, solo aspiran a controlar determinadas zonas ricas en recursos, con la ayuda de estos elementos armados mercenarios, y abandonan a su suerte las zonas pobres del resto del país, poco lucrativas para sus intereses privados; lo que a su vez suele generar la reacción de los abandonados. Esto no es especulación; es la descripción sin datos de lo que sucede en más de un *Estado* en África. Remito a la lectura de la situación en el centro del continente.

Todo ello deja una sensación pesimista de dinámica de conflicto y violencia que se autoalimenta y no deja de crecer. La crisis de los cayucos en Canarias, en la década pasada, los asaltos a las vallas de Ceuta y Melilla y los trágicos sucesos de Lampedusa son los indicadores más visibles de la desesperación a que conduce el subdesarrollo y la inseguridad extrema. Es una realidad que tiene poca visibilidad en nuestro mundo occidental, excepto cuando llama a nuestras puertas.

Llegados a este punto, llama la atención la asimetría de algunas actuaciones europeas, que, invocando un derecho de injerencia basado en una *responsabilidad de proteger,* un tanto selectiva, nos recuerda una época colonial ya pasada.

Al pensar en África y en la globalización, si es que este concepto incluye globalizar valores y derechos, además de un mercado y una fuente de recursos, hemos visto el abismo que nos separa. Un mundo globalizado se colapsará si sus pilares son asimétricos y los esfuerzos que lo sustentan se hallan desequilibrados.